

La Comédiathèque

Relatos



**Jean-Pierre
Martinez**

comediatheque.net

**Este texto se ofrece gratuitamente para la lectura.
Antes de cualquier explotación pública, profesional o aficionada,
se debe obtener la autorización de la SACD :
www.sacd.fr**

Relatos

Jean-Pierre Martinez

Relatos para leer, contar o interpretar.

1 – Un rostro familiar.....	3
2 – La venta en renta vitalicia.....	5
3 – Defensa ilegítima.....	7
4 – Bodas de sangre.....	9
5 – Retrato de mujer.....	11
6 – Una mujer honesta.....	13
7 – Retrato de familia.....	15
8 – Caído del cielo.....	17
9 – Última cita.....	19
10 – Mal plan.....	21
11 – Condenado a muerte.....	23
12 – Una relación peligrosa.....	25
13 – El gordo.....	29
14 – Orden de desalojo.....	30
15 – Secuestro.....	32
16 – El misterio de la habitación roja.....	34
17 – El secreto de la maceta.....	36

1 – Un rostro familiar

Era mi última cita del día. Cuando lo vi en la sala de espera de mi consulta, no lo reconocí de inmediato. Llevaba gafas oscuras, y una bufanda cubría la otra mitad de su rostro. Al principio pensé que se trataba de alguien con quemaduras graves que intentaba ocultar su cara desfigurada. Por desgracia, en mi clínica, recibo a diario este tipo de casos desafortunados a quienes intento ayudar. Soy cirujano plástico, y me enorgullezco de ser uno de los mejores especialistas en Madrid en operaciones reconstructivas faciales. Por supuesto, porque de algo hay que vivir, también me dedico a corregir, embellecer o rejuvenecer los rasgos naturales de pacientes perfectamente sanos, pero deseosos de ajustarse a los cánones de belleza impuestos por las revistas. Un mercado mucho más lucrativo, orientado principalmente hacia una clientela femenina. Con razón o sin ella, los hombres sienten mucho menos que las mujeres el deseo de cambiar de aspecto. A menos, claro está, que se den circunstancias excepcionales...

No fue hasta que se sentó frente a mí en mi despacho y se quitó las gafas y la bufanda que lo reconocí. Su rostro estaba perfectamente intacto, y me resultó extrañamente familiar. ¡Alberto Delgado! Unas semanas antes, la foto de este hombre, hasta entonces poco conocido por el público, había aparecido en la portada de todos los periódicos. Este alto funcionario, con un pasado polémico, había sido declarado culpable en un oscuro caso de malversación de fondos públicos a gran escala. Desde entonces, estaba prófugo, y todos suponían que ya se encontraba refugiado bajo una identidad falsa en algún paraíso fiscal poco exigente con la moralidad de sus huéspedes, siempre que sus cuentas bancarias estuvieran bien llenas. Al parecer, el hombre, con una orden de detención europea sobre sus espaldas, no había querido arriesgarse a ser reconocido en el aeropuerto al intentar salir del país. Cuando uno tiene un rostro tan mediático, unos simples documentos falsos no bastan para pasar desapercibido. Es uno de los pocos inconvenientes de la fama...

"Quiero cambiar de cara", me declaró el hombre sin preámbulos. Aunque su petición no me sorprendió, dada la delicada situación en la que se encontraba, me tomó un momento responder. "No puedo hacer eso, y lo sabe bien. Sería cómplice al ayudarlo a escapar de la policía..." El hombre no pareció ni remotamente desconcertado. "Sin embargo, lo hará" afirmó con una seguridad que me heló la sangre. Claramente, no estaba bromeando. "¿Y por qué habría de hacerle ese favor?" pregunté con la voz algo temblorosa. "Porque unos amigos míos tienen a su hijo como rehén" respondió. "No lo liberarán hasta que yo haya salido del país. Con la foto de mi nuevo rostro en el pasaporte que usted, con sus manos de artista, se encargará de esculpir para mí." Esbozó una sonrisa. "Le doy carta blanca, doctor. Pero, ya que estamos, hágame más guapo para comenzar mi nueva vida. Siempre he soñado con tener el rostro de un bailarín de tango. Quiero ser su obra maestra..."

No tenía opción, y tras verificar por teléfono con mi esposa que las amenazas de Alberto Delgado no eran un farol, me vi obligado a actuar esa misma noche. Estaba algo desprevenido. Normalmente, mis pacientes solo quieren mejorar algunos detalles aquí y allá, eliminando de paso sus defectos más evidentes. No buscan despertarse con un rostro completamente diferente, hasta el punto de que sus propias madres no puedan reconocerlos. Necesitaba un modelo. Con prisas, hojeando una revista en la sala de espera de mi consulta, encontré la inspiración para moldear el rostro de galán latino que mi maquiavélico cliente parecía desear. Le mostré la foto recortada de la revista y, tras obtener su aprobación, comenzó la operación. Duró casi toda la noche, pero al amanecer, pese a las vendas que aún cubrían el nuevo rostro de Alberto Delgado, sabía que había creado mi obra maestra.

Después de unos días de convalecencia, un cómplice le trajo un pasaporte falso recién hecho, con la foto de su nuevo rostro, y Alberto Delgado dejó mi clínica de incógnito rumbo al aeropuerto. "Tan pronto como haya embarcado, alguien le dirá por teléfono dónde puede encontrar a su hijo." A su favor debo reconocer que cumplió su palabra.

En cuanto al final de la historia, fue en la edición siguiente de esa misma revista, en la que había recortado la foto del nuevo rostro de Alberto Delgado, donde me enteré de todos los detalles. Apenas llegó a su destino, que había deducido sería América del Sur, ya que deseaba tener el rostro de un latin lover para mezclarse fácilmente con la multitud, fue detenido de inmediato por la policía fronteriza. Él se sorprendió. Con su nueva identidad, estaba convencido de que pasaría desapercibido. Así que gritó que se trataba de un error y, para intentar convencer a la policía de que lo dejara ir, confesó que se había sometido a una pequeña operación de cirugía estética. Lo cual, en sí mismo, no es un delito, protestó alegando su inocencia. Tal vez por eso lo confundían con otra persona...

El policía que le puso las esposas acabó con sus esperanzas de un retiro dorado al decirle con tono irónico: "¡Una operación de cirugía estética! Esa no me la habían contado... Pues la próxima vez que te cambies de cara, evita que sea la de un narcotraficante buscado por todas las policías de América..." El policía, entre risas, se giró hacia sus colegas. "Vamos, llevémoslo. Es Pedro Semprini. Llevamos años tratando de echarle el guante. Y esperaba escaparse cambiándose solo el nombre en el pasaporte."

Para guardar un recuerdo de esta aventura, volví a pegar cuidadosamente la foto en la revista, en el lugar donde la había recortado. Acompañaba un artículo que anunciaba la recompensa por la cabeza de uno de los mayores traficantes de droga de Colombia.

2 – La venta en renta vitalicia

Cuando Marco me mostró aquel anuncio que habíamos encontrado en el buzón, no me entusiasmé mucho. Comprar una casa en renta vitalicia era apostar por la muerte. No podía traernos más que problemas, lo presentía. Y problemas, ya había tenido suficientes en el pasado... Sin mencionar que aquella señora podría perfectamente llegar a ser centenaria. No parecía tan mayor... Marco, mi marido, lo veía con más calma. Como médico, ¿habría notado a simple vista que nuestra futura propietaria no iba a durar mucho tiempo?

A pesar de mis reticencias, terminé cediendo. ¡Una verdadera casa en pleno Madrid, con jardín! Era un sueño que pensábamos inalcanzable. Sobre todo, con el alza de los precios inmobiliarios... El contrato que firmamos con la propietaria parecía ventajoso. Ella ocuparía dos habitaciones independientes con acceso directo al jardín y nos dejaría el usufructo del resto de la casa. A cambio de un pequeño capital inicial y de una pensión vitalicia que, en el fondo, nos saldría más barata que una hipoteca a veinte o treinta años...

No teníamos razones para desear con urgencia que aquella buena señora desapareciera. Aunque, obviamente, no sería completamente nuestra casa hasta después de su muerte. Por suerte, Dolores, la señora en cuestión, era muy discreta. Desde que nos mudamos, mi marido se convirtió naturalmente en su médico de cabecera. Dolores padecía, en efecto, varios males propios de su edad. Pero nada grave. Al menos, aparentemente... Por lo demás, no tuvimos tiempo de conocerla bien. Apenas unos días después de nuestra llegada, la señora de la limpieza la encontró muerta en su cama...

Desde un punto de vista estrictamente financiero, aquel fallecimiento representaba una verdadera ganga. En menos de una semana, mi marido y yo nos convertimos en propietarios de una propiedad excepcional por una miseria. Pero no tuve corazón para alegrarme. Intuía que este buen negocio no pasaría desapercibido...

Y así fue. Tres días después de la muerte de Dolores, fuimos citados en la comisaría para responder algunas preguntas. Aunque tenía un mal presentimiento, traté de mantener la calma. Dadas las circunstancias, aquellas sospechas eran perfectamente comprensibles.

Por desgracia, lo que nos informó el inspector que nos recibió no nos tranquilizó en absoluto. La autopsia había revelado que la muerte de la anciana no había sido por causas naturales. Había fallecido por una sobredosis de morfina. Mi marido reconoció sin problemas ser el último médico de Dolores, pero negó haberle administrado aquella inyección fatal.

Lamentablemente, las protestas de inocencia de Marco fueron en vano. Aquella señora tan respetable no era, a priori, una drogadicta. Era poco probable que hubiera sucumbido a una sobredosis inyectándose morfina por su cuenta. Tampoco parecía lógico que hubiera decidido suicidarse de esa manera tan extraña, pocos días después de vender su casa en renta vitalicia...

En cambio, su médico tenía fácil acceso a la morfina y podía haberle administrado una dosis mortal con cualquier pretexto. Una vacuna contra la gripe, por ejemplo, ya que era temporada. Además, según advirtió el inspector, sería difícil alegar un error médico, ya que la muerte tan oportuna de la paciente liberaba a su médico de la obligación de pagarle la pensión vitalicia...

Tras el pago de una elevada fianza, quedé en libertad bajo control judicial. Pero Marco permaneció encarcelado a la espera de su juicio, que no prometía nada bueno... Mientras tanto, se me permitió conservar la casa. No fue la mejor decisión que tomé. Estar sola en aquella lúgubre casa, causa de mi desgracia, precipitó mi caída. Incluso llegué a dudar de la inocencia de mi marido. Caí en una profunda depresión y empecé a beber...

Desde mi accidente, ocho años antes, mi salud, sobre todo mental, había quedado frágil. Este segundo golpe estaba a punto de destruirme. ¿Por qué el destino se ensañaba conmigo? En aquella ocasión, al volante de mi coche, había causado la muerte de un hombre... Gracias a la habilidad de mi abogado, logré evitar una condena. Pero aquel drama me dejó un profundo sentimiento de culpa...

Privada del consuelo de mi marido, recordé al hombre al que, por mi imprudencia, también había arrebatado a su familia. Decidí visitar su tumba. Solo había estado una vez, cuando salí del hospital. Durante el juicio, al que no tuve fuerzas para asistir, seguía en cuidados intensivos... Fue en el hospital donde conocí a Marco, que aún era interno y que cuidó de mí con tanto esmero...

Al llegar al cementerio, encontré fácilmente la tumba del hombre al que, sin querer, había quitado la vida. Era un panteón familiar. Noté enseguida que recientemente se había añadido otro nombre en la lápida. La esposa de mi víctima lo había acompañado al más allá. ¿Había muerto de pena, como quizá moriría yo misma si Marco fuera condenado a cadena perpetua por un crimen que no había cometido?

De repente, se me heló la sangre. Junto al nombre de aquella señora había una foto en un medallón. La reconocí de inmediato. Era la mujer que nos había vendido su casa en renta vitalicia. No se presentó ante nosotros con el nombre grabado en la lápida, pero bien podría haber retomado su apellido de soltera para despistar...

Fue entonces cuando entendí. Yo había arrebatado a Dolores a su esposo. Y, con este suicidio disfrazado de asesinato, ella me arrebató al mío. Se había vengado de mí. Como ella, estaba condenada a vivir sola, como una viuda, en aquella siniestra casa donde ella misma había llorado al esposo que yo le había robado...

3 – Defensa ilegítima

António siempre había sufrido una timidez casi enfermiza. Tal vez por su baja estatura y su complexión algo frágil. Cuánto deseaba poseer, como su amigo Vicente, esa tranquila confianza que tanto atraía a las chicas de su edad. Oh, no es que se considerara un cobarde. Simplemente, no había tenido muchas oportunidades de demostrar su valentía, eso era todo. Sin embargo, el complejo de inferioridad que lo consumía le impedía tener relaciones normales con las mujeres de su entorno. Y mucho menos algo más íntimo...

Por eso, cuando António conoció a Mia, unas semanas atrás, en una fiesta en casa de Vicente, decidió hacer todo lo posible para conquistarla. Vicente no pudo darle muchos detalles sobre aquella guapa joven de origen asiático, bastante reservada, invitada por la amiga de una amiga. Por suerte, el carácter discreto, por no decir apagado, de António no parecía molestar demasiado a Mia. Durante buena parte de la velada, António le habló de la tesis que preparaba en la facultad de cine, sobre la edad de oro del western americano. Ella lo escuchó educadamente y, embriagado por este pequeño éxito, incluso se atrevió a invitarla al cine.

Pero António temía que aquel primer logro no tuviera continuidad. A pesar de su interés intelectual por el western, sabía que no tenía nada de vaquero. ¿De verdad Mia se sentiría atraída por un chico con tan poca apariencia masculina?

António confesó sus temores a su amigo Vicente, a quien debía ver antes de su cita con Mia. Si tan solo tuviera la oportunidad de demostrarle a aquella chica de lo que era capaz... Vicente lo escuchó y trató de tranquilizarlo. Sabía que António, a pesar de su timidez y su aspecto algo afeminado, no era en absoluto pusilánime cuando se enfrentaba a un peligro real. De hecho, Vicente ya había tenido ocasión de comprobarlo una noche, en los pasillos del metro, cuando António logró ahuyentar, solo con su determinación, a dos delincuentes que intentaban atracar a su amigo. Vicente siempre le había estado agradecido por aquello. Pero Mia, que apenas conocía a António, ¿sería capaz de percibir esa fuerza de carácter tan bien oculta?

Unas horas más tarde, António, más nervioso que nunca, se encontró con Mia frente al cine. La saludó con aire torpe, sin atreverse siquiera a darle dos besos, antes de ir a comprar las entradas. Como Mia parecía tan incómoda como él, apenas intercambiaron palabra antes de que se apagaran las luces y comenzara la película. Por suerte, António ya había visto tres veces aquel gran clásico del western, porque le costó mucho concentrarse durante toda la proyección. Solo soñaba con una cosa: tomar la mano de Mia, que descansaba a pocos centímetros de la suya en el reposabrazos. Pero no tuvo ese valor...

Cuando se encendieron las luces, intercambiaron una mirada incómoda y salieron de la sala en silencio. Aun así, António propuso acompañar a Mia hasta el metro. Al llegar a la entrada, en una calle casi desierta a esa hora tardía, António no notó de inmediato la presencia de un hombre, de espaldas, apoyado en la barandilla en la penumbra. Solo al girarse para despedirse, y probablemente decir adiós, a la tímida Mia, António se dio cuenta del rostro del desconocido, que acababa de volverse hacia la joven. El individuo llevaba pasamontañas, lo que no auguraba nada bueno... En efecto, la voz del hombre, distorsionada por la tela, ordenó a Mia que le entregara el dinero que llevaba consigo.

Sin pensar en las consecuencias, António dio media vuelta decidido a intervenir. Al menos, aquella mala experiencia le permitiría demostrarle a la bella asiática que no era un cobarde. Aunque le costara un par de dientes, no permitiría que nadie dañara a Mia. Pero António no tuvo tiempo de actuar. Para su gran sorpresa, en lugar de entrar en pánico, la frágil Mia propinó a su agresor una fulminante patada en la barbilla que lo envió directamente al suelo. Su cabeza golpeó con fuerza el duro asfalto y el hombre quedó inconsciente.

António quedó petrificado. Más que la agresión inesperada, lo que lo había dejado atónito fue la reacción de Mia. La tímida joven se explicó en pocas palabras: "Soy cinturón negro de karate" dijo con su suave voz. "Pero no quería hacerle daño..." Mia, que resultó ser más decidida de lo que aparentaba, se inclinó sobre el individuo para examinarlo. "Respira normalmente, pero está desmayado" diagnosticó. "Será mejor no moverlo, por si tiene una fractura de cráneo. Puede que su cabeza golpeará el bordillo... ¿Puedes llamar a los bomberos y a la policía?"

António asintió balbuceando y marcó el primer número en su móvil. Mia parecía tan decidida... Definitivamente, hoy tampoco sería su día para jugar al héroe. Unos minutos después, oyeron una sirena acercándose. Fue entonces cuando el desconocido, recuperando el sentido, levantó la cabeza y se quitó el pasamontañas, que le dificultaba la respiración. António y Mia abrieron los ojos de par en par al reconocer a Vicente, el mismo en cuya fiesta se habían conocido. Afortunadamente ileso, Vicente se frotó la cabeza con un gesto dolorido. "¡Madre mía, no sabía que hacías karate!" exclamó, dirigiéndose a Mia.

Mia, por su parte, lanzó una mirada sospechosa hacia António. "¿Entonces esto era una pequeña escenita para impresionarme? ¿Es eso?" António, que ya no entendía nada, protestó confusamente. Vicente salió en su defensa. Juró que António no sabía nada. "Solo lo hice para ayudarlo" explicó con cierta vergüenza. "Pensaba susurrarle algo al oído cuando interviniera, y luego habría salido corriendo..."

"¿Ayudarlo? Bueno, pues lo has logrado" respondió Mia, mientras el camión de bomberos, seguido de un coche de policía, se detenía frente a ellos. "Ahora, habrá que explicar todo esto en la comisaría..."

4 – Bodas de sangre

Al volante de su coche, Sandra subía los últimos kilómetros de la carretera sinuosa que conducía a la villa donde esperaba encontrar a su amante. Tenía el corazón acelerado. A pesar de la prohibición estricta de Carlos, no había podido resistir la tentación de ir a verlo en su casa. O, mejor dicho, en la casa de su esposa, ya que la lujosa propiedad situada en las colinas de Marbella pertenecía a la rica viuda con la que él, según decía, solo se había casado por dinero.

Llevaba más de una semana sin ver al hombre que amaba. Desde hacía meses, Carlos le prometía que dejaría a su esposa. En su última cita, le había jurado que esta vez sería pronto. Mientras tanto, Sandra debía ser razonable y evitar cualquier contacto con él. Pero Sandra, una amante abandonada y herida en su orgullo, no podía soportar más la espera. Ni siquiera le contestaba las llamadas. ¿Y si lo que realmente quería era librarse de ella alejándola de esa manera? Necesitaba saber la verdad.

Al llegar al aparcamiento junto a la carretera, frente a la villa, Sandra constató con desánimo que el coche de Carlos no estaba allí. Había acariciado la esperanza de encontrarlo solo en casa... Sin embargo, divisó el deportivo de su esposa, aparcado bajo la sombra de un pino parasol. Sandra pensó en dar media vuelta. Temía las consecuencias de un cara a cara con esa mujer, a la que nunca había visto. Pero el destino intervino. Mientras maniobraba rápidamente para marcharse sin ser vista, escuchó un ruido característico. Al asomarse por la ventana, comprobó que el neumático delantero izquierdo estaba desinflado.

Era imposible desandar los cinco kilómetros de carretera en zigzag con una rueda pinchada. Cambiar el neumático en ese aparcamiento sin llamar la atención tampoco era una opción. No le quedaba otra alternativa que enfrentarse a su rival.

Mientras esta, caminando junto a la piscina, bajaba hacia ella para averiguar qué ocurría, Sandra sintió una punzada de celos. Vestida con un traje de alta costura, con el cabello rubio recogido en un impecable moño, Victoria tenía un aire algo severo, pero no carecía de elegancia. ¿Era esta realmente la mujer amargada que Carlos le había descrito? "No estoy segura de saber cambiar una rueda" se disculpó amablemente Victoria. "Y mi marido no está en casa..."

Reuniendo su valor, Sandra improvisó. "Gracias, pero creo que puedo arreglármelas sola. Si me permite usar su aparcamiento..." Victoria sonrió. "Haga como en su casa. De hecho, iba a salir. Mi marido me espera en el restaurante." Victoria no notó la incomodidad de Sandra y continuó, con un tono casi cómplice: "Hoy es nuestro aniversario de boda."

Sandra hizo un esfuerzo para mantenerse serena. "Felicidades" respondió con frialdad. Victoria ya se alejaba hacia la villa. Al abrir el maletero, Sandra temblaba de rabia. ¿Así era como Carlos planeaba romper con su esposa? Se sentía traicionada. Humillada. Cogió el gato con ganas de matarlo, dudando solo sobre quién debía ser su víctima. Optó por Carlos. Después de todo, esa pobre mujer no tenía la culpa de nada. Él, en cambio, no sabía lo que le esperaba...

Para colmo de males, Sandra recordó, al ver la rueda de repuesto en el maletero, que no la había reparado tras su último pinchazo, semanas atrás. Estaba a punto de romper a llorar cuando una mano amable se posó en su hombro. "Hay días así..." dijo Victoria con tono comprensivo. Había vuelto sobre sus pasos. La elegante mujer de cuarenta y tantos le tendió un manajo de llaves. "No saldré hasta dentro de un cuarto de hora, lo que tarda en cambiarme. Creo que este conjunto es un poco sobrio para un aniversario de boda... Use mi coche para ir al taller al pie de la colina. Allí le arreglarán la rueda en cinco minutos."

Mientras descendía a toda velocidad al volante del deportivo de Victoria, por la carretera serpenteante que llevaba al taller, Sandra hervía de ira. No había duda: si Carlos hubiera estado en la cuneta, habría dado un volantazo para pasarle por encima.

El sonido de su móvil la sacó de los escenarios de venganza que ya tramaba contra su amante. Sacando el teléfono del bolso, contestó con un tono poco amable, pero al reconocer la voz al otro lado, su actitud cambió de inmediato. ¡Era él! ¡Se atrevía a llamarla! En lugar de estallar y contarle lo ocurrido, decidió actuar como si nada pasara. Quería ver hasta dónde llegaría la hipocresía de aquel traidor. "Entonces, ¿ya está?" preguntó. "¿Has dejado a Cristina?"

Curiosamente, la pregunta no pareció inquietarlo. "Un divorcio me arruinaría" admitió. "Pero encontré otra solución...". "¿Ah, sí?", comentó Sandra irónicamente. "¿Y cuál es tu plan?". "Tengo una cita con ella en un cuarto de hora" respondió él. "Ya debería estar en camino..." Hizo una pausa, como si quisiera subrayar la gravedad de lo que iba a decir. "Saboteé los frenos de su coche" confesó finalmente. "En unos segundos debería estrellarse en un barranco, y al fin seré libre..."

El rostro de Sandra se congeló mientras digería la información que acababa de recibir de su amante. Tragó saliva antes de presionar lentamente el pedal... Los frenos no respondían, y los neumáticos del deportivo, lanzado a toda velocidad, ya mordían el borde del precipicio...

5 – Retrato de mujer

Con las manos en los bolsillos, José bajaba silbando por la calle de Alcalá en dirección del Retiro. El barrio estaba casi desierto a esa hora de la mañana. José se sentó en una terraza y suspiró con satisfacción. Era domingo, hacía buen tiempo y tenía todo el día por delante. La noche anterior, había acompañado a Clara, su esposa, hasta el taxi que la llevaría al aeropuerto. Tenía una reunión importante en Nueva York el lunes y, para prepararla con calma y llegar descansada, había preferido pasar el fin de semana allí. En ese momento, debido al desfase horario, probablemente ya estaría en la cama. Había prometido llamar, pero José no tenía prisa por oírla...

Claro que José amaba a su esposa, pero un poco de libertad tampoco le venía mal. Por eso, mientras disfrutaba de su café y seguía con la mirada a una chica guapa que pasaba, se sobresaltó como si lo hubieran pillado cuando sonó un móvil. Instintivamente, sacó el suyo del bolsillo, pero pronto se dio cuenta de que el sonido venía de otro lado. Era el único cliente en la terraza, así que miró a su alrededor y no tardó en ver el teléfono abandonado en una silla.

José dudó por un momento, pero como la llamada insistía, decidió contestar. "¿Diga?" balbuceó. Una voz femenina le respondió, con un leve acento extranjero. Era una voz cálida pero segura, que lo desconcertó. La joven explicó que había perdido su móvil y llamaba para saber si alguien lo había encontrado y sería tan amable de devolvérselo.

José sonrió al darse cuenta de la oportunidad que se le presentaba. Estaba solo en Madrid, sin planes concretos. ¿Por qué no mostrarse galante? Propuso de inmediato llevar el teléfono a la dirección que ella le indicó, a unas pocas calles de allí. La voz pareció vacilar un instante antes de aceptar. Apenas le tomaría un cuarto de hora, precisó la joven. A menos que la cita se alargara, pensó José con una sonrisa, guardando el aparato en su bolsillo.

Mientras se dirigía a la dirección indicada, José, excitado, fantaseaba con varios escenarios. Incluso se le ocurrió que podría ser una estrategia de ligue poco convencional. ¿Y si la misteriosa desconocida, escondida en algún lugar, vigilaba a los hombres solos que se sentaban en esa terraza? Vivía a la vuelta de la esquina. Desde su balcón, con unos prismáticos, podía perfectamente observar lo que ocurría en la calle de Alcalá. José se echó a reír. Probablemente estaba delirando. Pero, de ser cierto, sería halagador que lo hubiera elegido como presa para caer en la trampa de esa mantis religiosa.

Al llegar al número 13, José vio que se trataba de un taller de artista. Eso le pareció prometedor. Ese día se sentía con espíritu bohemio. Sin embargo, tuvo una última duda. ¿Y si esa voz sensual pertenecía a una sexagenaria con un físico poco agraciado? ¿O peor aún, a un monstruo que no había encontrado otra forma de atraer hombres a su guarida sin mostrarse?

Encogiéndose de hombros, José apretó el timbre con firmeza. Después de todo, solo iba a devolver un móvil perdido, nada más. Además, lo que vio al abrirse la puerta lo tranquilizó al instante y reavivó sus fantasías. Envuelta en un albornoz, la joven rubia que lo invitó a pasar era cualquier cosa menos fea. Con su cabello corto y su cuerpo atlético apenas oculto por la tela, parecía más una nadadora olímpica a punto de subir al podio que otra cosa.

Una vez dentro, José se dio cuenta de que la nadadora era en realidad una pintora. El taller estaba lleno de lienzos, y un caballete ocupaba el centro de la habitación. Para tranquilizar a su anfitriona sobre sus intenciones, sacó el móvil del bolsillo y se lo entregó. Ella, agradecida, le ofreció un té, que José aceptó de inmediato para retrasar su partida. Ahora le parecía poco probable que una belleza como aquella necesitara artimañas para atraer hombres a su casa. Pero no había renunciado a la idea de aprovechar la ocasión para coquetear un poco.

Mientras bebía lentamente el té que ella le había servido, José intentó cortejarla torpemente. Incluso le propuso compartir un brunch en el Café Gijón, no muy lejos de allí. La belleza andrógina lo rechazó amablemente, pero con firmeza. No estaba disponible. Aunque, de todos modos, no debía tener remordimientos: no habría tenido ninguna oportunidad con ella. "¿Por qué no?" preguntó José, algo herido. La joven sonrió. Que no se preocupara: no tenía nada que ver con su encanto masculino. Simplemente, prefería a las mujeres.

José recibió esa información como un jarro de agua fría. Había imaginado de todo, menos eso. Y, sin embargo, algunos indicios deberían haberlo alertado. Todos los cuadros que lo rodeaban representaban figuras femeninas, desnudas... y, en ocasiones, en pareja. Se disculpó, y la joven se divirtió con su desconcierto. No tenía cómo saberlo, así que, sin rencores. Pero no lo retenía más. Su... amiga saldría pronto del baño.

José se esforzó por mantener la compostura y se levantó para despedirse. ¿Qué sentido tenía prolongar la conversación? Rodeando el sofá para dirigirse hacia la puerta, pasó junto al caballete y no pudo evitar echar un vistazo al lienzo inacabado. "¿Es ella?" preguntó sin poder contenerse. La joven asintió con una sonrisa. José, intrigado, miró más de cerca el retrato y se le heló la sangre. Esa mujer, en el cuadro... ¡juraría que era su esposa!

6 – Una mujer honesta

¡Esto me enseñará a ser honesta! Cuando encontré esa cartera tirada en el suelo del establecimiento donde trabajo, habría sido mejor tirarla a la basura. Me habría ahorrado estar aquí hoy, en la comisaría, acusada de robo. Cuando los policías me pararon para un control rutinario, como ellos dicen, encontraron la cartera en mi bolso. La había guardado unos días, por si alguien la reclamaba, pero tenía la intención de llevarla al Departamento de Objetos Perdidos al día siguiente. Los policías no quisieron escucharme. Según ellos, soy conocida desfavorablemente por sus servicios... Protesté. ¿Desfavorablemente? Quizás. ¡Pero no como carterista!

Al abrir la cartera, esos astutos sabuesos lograron identificar al dueño y encontrar su número de teléfono. Claro, yo podría haber hecho lo mismo. Pero no soy policía... Les señalé que ni siquiera había tocado el dinero en efectivo, suspirando aliviada. Seguro que el buen hombre, contento de recuperar su cartera, me agradecería el gesto o, al menos, me exoneraría.

Un inspector me advirtió que no me alegrara demasiado pronto. Al consultar la base de datos central, descubrieron que el tipo había presentado una denuncia... ¡por un robo con tirón! La víctima acababa de ser convocada a la comisaría para identificarme o no como su agresora.

Intenté mantener la calma. Después de todo, no había robado esa cartera. El hombre diría que no era yo, y me pedirían disculpas. Una hora más tarde, el inspector vino a buscarme para la confrontación. La víctima ya estaba allí.

Cuando vi a ese anciano tan digno, acompañado de su esposa, me sentí más tranquila. Se notaba que no era el tipo de persona que enviaría a una inocente a prisión. Además, me parecía haberlo visto antes. Tal vez en mi trabajo. Pero veo a tanta gente pasar...

"Vamos, dilo ya, que es ella" le espetó su esposa con tono autoritario. Ese inicio me enfrió un poco. Por suerte, el hombre no parecía tan seguro y balbuceaba en sus explicaciones. No recordaba bien... Estaba oscuro... El inspector lo interrumpió, intrigado. "¿Oscuro? Declaró que el robo ocurrió a plena luz del día. Y no hubo ningún eclipse esa tarde..."

El anciano parecía cada vez más incómodo. "Sí, perdón. Quiero decir que todo pasó muy rápido. De cualquier manera, esta persona no es mi agresora." El inspector, sin embargo, era persistente. "Espero que no esté mintiendo solo para ayudar a una mujer atractiva a escapar de la justicia." El hombre, cada vez más nervioso, lanzó una mirada inquieta a su esposa y finalmente confesó: "Escuche, mentí antes."

Su esposa lo fulminó con la mirada, pero él continuó: "No me robaron esta cartera. La perdí..." El inspector digirió la información antes de responder con severidad. "Esto se llama denuncia falsa. Es algo muy grave, ¿lo sabe? Podría ser procesado... ¿Por qué mintió?" El respetable anciano, un poco desorientado, trató de explicarse: "Cuando le dije a mi esposa que había perdido la cartera, ella me aconsejó denunciarlo como un robo. Era más fácil para que el seguro me reembolsara, ¿entiende?"

La esposa asintió de mala gana. Ya era demasiado tarde para negarlo. "Pensé que la persona que encontrara la cartera se la quedaría" trató de justificarse. "Y supuse que la policía tenía cosas más importantes que hacer que ocuparse de un pequeño robo."

Esa mala fe irritó aún más al inspector. "Lamentablemente para usted, todavía hay mujeres honestas. Y la policía, a veces, hace bien su trabajo." Mientras el hombre miraba sus zapatos, avergonzado, el inspector revisó nuevamente la declaración de robo que la supuesta víctima había redactado días antes. "Le ahorraré el proceso judicial esta vez" dijo el inspector magnánimo. "Pero hay algo más que me intriga. Declaró que este robo imaginario ocurrió en la calle en Toledo, donde reside. Sin embargo, esta joven encontró la cartera, absolutamente intacta, bajo un asiento del establecimiento donde trabaja, en Madrid. No llegó ahí por casualidad. ¿Tiene alguna razón especial para mentir también sobre dónde perdió la cartera?"

La esposa, enfadada, miró a su marido esperando una explicación. Como él, rojo como un tomate, no respondía, el inspector se volvió hacia mí. "Por favor, señora, ¿podría recordarnos en qué tipo de establecimiento trabaja y cuál es su profesión?" A pesar de las posibles consecuencias desastrosas para ese pobre hombre, tuve que responder: "Pues... Soy bailarina de striptease en un cabaré de Madrid."

7 – Retrato de familia

Lo primero que vio Fabricio al entrar en esa casa, donde no había estado en meses, fue el retrato de su abuela colgado en el vestíbulo. Su corazón se encogió. Pocos días antes de cumplir ochenta años, Abuelita Carmen, quien parecía gozar de buena salud, había sucumbido a un ataque cardíaco. Por suerte, no había sufrido. Murió tranquilamente mientras dormía.

Cuando era niño, Fabricio solía pasar las vacaciones escolares en casa de su abuela materna. Recordaba con cariño los lunes de Pascua en aquella granja de Los Pirineos. Ese día, Abuelita Carmen escondía dulces envueltos en papel dorado o plateado por toda la casa y el jardín. La propiedad no era tan grande, pero a ojos de un niño acostumbrado a vivir en un pequeño apartamento en Barcelona, parecía inmensa. Y la granja ofrecía tantas escondites: conejos y huevos de chocolate se camuflaban entre los reales en el conejar y el corral de Abuelita Carmen.

Con aire travieso, Carmen solía contarle a su nieto que la casa albergaba un auténtico tesoro, demasiado bien escondido para ser encontrado fácilmente, y que él heredaría cuando ella muriera. Pero mientras tanto, debía ser un secreto entre ellos. No debía contárselo a nadie, ni siquiera a sus padres. Abuelita Carmen, de hecho, no tenía buena relación con su yerno y, por esta razón, tampoco con su hija, la madre de Fabricio.

Lamentablemente, Carmen murió de forma repentina, sin haber revelado a su nieto dónde estaba escondido el supuesto tesoro. Tras su fallecimiento, los padres de Fabricio heredaron la casa. Después de pensarlo mucho, Fabricio decidió contarle a su madre lo que su abuela le había dicho sobre el tesoro. Para su sorpresa, ella no se rió.

Antes de la guerra, le explicó su madre, Carmen había tenido cierta fortuna proveniente de su familia. Pero al final de la guerra, ese dinero había desaparecido. Siempre se había pensado que las milicias nacionalistas la habían despojado, como ocurrió con frecuencia a los Republicanos. Sin embargo, nadie se atrevió a preguntarle sobre ello tras salir de la detención en una siniestra prisión de Cataluña, y ella nunca habló de ello. Había desarrollado una desconfianza extrema y un culto al secreto, temiendo que las milicias volvieran algún día. ¿Por qué no habría escondido un tesoro en algún lugar? A menos que todo hubiera sido una historia inventada para entretener a su nieto.

En cualquier caso, las búsquedas realizadas tras la muerte de la abuela no habían dado resultado. Y los padres de Fabricio decidieron vender aquella vieja granja, que no sabían cómo usar y que estaba al borde de la ruina. En una semana, la casa cambiaría de propietario, llevándose con ella el supuesto tesoro de Abuelita Carmen.

Encargado de recoger los pocos objetos de valor que quedaban en la casa antes de la llegada del anticuario, Fabricio recorrió rápidamente las distintas habitaciones. No había nada que llevarse, solo recuerdos. Los modestos muebles de Abuelita Carmen estaban todos carcomidos.

Cuando se disponía a salir, su mirada se posó nuevamente en el retrato de su abuela, en su marco dorado. Si tenía que llevarse algo, sería eso. Se acercó al cuadro para mirarlo más de cerca. Siempre había visto esa pintura, claramente muy antigua, colgada en ese lugar, firmemente fijada a la pared del vestíbulo. De repente, se le ocurrió una idea loca: ¿y si esa tela fuera obra de un gran maestro?

Muchos pintores impresionistas habían pasado por la región a principios del siglo pasado. Abuelita Carmen podría haber conocido a alguno de ellos en sus inicios, cuando aún pasaban apuros, y encargarle un retrato por una miseria. Incluso, podría haberlo conseguido a cambio de una buena comida caliente. ¿Y si ese era el tesoro de Abuelita Carmen? Seguramente ella había adivinado que, si su nieto debía conservar algo suyo, sería ese retrato.

Con esa esperanza, Fabricio sintió una punzada de culpa. Sería desgarrador tener que vender ese cuadro. Era lo único que le quedaba de su abuela, y los recuerdos no tienen precio. Pero no perdía nada con hacerlo evaluar.

Al día siguiente, a la misma hora, el experto con quien Fabricio había concertado una cita llegó a la puerta. Fabricio lo hizo pasar al vestíbulo y le mostró el cuadro. Sin decir palabra, el experto se inclinó sobre el retrato y lo examinó detenidamente. No había ninguna firma visible, pero un especialista como él reconocería de inmediato la obra de un gran maestro. La autenticación oficial sería solo una formalidad.

Fabricio esperaba con el corazón acelerado el veredicto de aquel experto. Este levantó la cabeza, se quitó las gafas y lo miró a los ojos. "¿Entonces?" preguntó Fabricio lleno de esperanza.

"Estoy seguro" sentenció el experto con tono firme. "Esta tela, aunque antigua, es obra de un aficionado. Su valor solo puede ser sentimental." Curiosamente, Fabricio sintió cierto alivio. No tendría que enfrentarse a ningún dilema moral. Como el retrato no tenía valor comercial, no le quedaba otra opción que quedárselo. En memoria de su abuela. La traviesa Carmen le había jugado una buena broma. Era, en cierto modo, un tesoro simbólico.

Volviendo a la realidad, Fabricio se sorprendió al ver que el experto volvía a inclinarse hacia el cuadro. ¿Había cambiado de opinión? ¿Estaba a punto de anunciarle que se había equivocado y que la pintura era, después de todo, una obra maestra? Pero el experto, ahora, parecía más intrigado por el pesado marco dorado fijado a la pared. Tal vez estaba sorprendido de que, a diferencia de los demás muebles de la casa, no estuviera carcomido.

El experto se volvió finalmente hacia Fabricio y confirmó su primer juicio: "Este cuadro es definitivamente una pintura mediocre. Pero puedo asegurarle, en cambio, que su marco es de oro macizo."

8 – Caído del cielo

Desde hacía casi un año que trabajaban juntas como vendedoras en una perfumería de la galería comercial del aeropuerto de Barcelona, Marisol Ferrer y Sara Ribas mantenían una relación conflictiva. Marisol reprochaba a su compañera su falta de ambición, especialmente con los hombres, al conformarse con un prometido que era un simple mozo de equipajes. Marisol, por su parte, apuntaba más alto. Sin embargo, como el príncipe azul no caía en sus redes, llevaba meses soltera.

Sara le había ofrecido presentarle a su hermano Paco, pero Marisol rechazó indignada la propuesta. Paco, amigo de su prometido, era también un "simple" mozo de equipajes sin futuro. Sara no soportaba el desprecio que Marisol le lanzaba constantemente durante el día.

Ese día, sin embargo, el destino parecía sonreírle por fin a Marisol. Apenas este joven elegante entró en la tienda, supo que era él. Alto, apuesto, con el bronceado justo, y enfundado en un uniforme de piloto de avión, tenía todo lo que ella había soñado.

Lo más sorprendente fue que el flechazo parecía mutuo. Mientras él pedía consejo para elegir un perfume supuestamente destinado a su madre, Marisol notó enseguida que no le era indiferente. Esta vez estaba segura: un pez gordo había mordido el anzuelo, y ella puso todo de su parte para atraparlo con sutileza. Fingiendo dejarle la iniciativa, logró que él la invitara a cenar.

Eran casi las ocho de la noche, y la tienda estaba a punto de cerrar. Marisol dudó por un instante. Aceptar una invitación espontánea de un desconocido podría hacerla parecer fácil. Pero si lo dejaba escapar, temía no volver a verlo nunca. Su trabajo lo llevaba por todo el mundo. Podrían pasar semanas antes de que regresara a Madrid, y para entonces tal vez ya no tuviera interés en buscarla.

Una mirada hacia Sara terminó de convencerla. Desde lejos, su compañera había observado la escena con una mezcla de curiosidad mal disimulada, desaprobación y quizás un poco de envidia. No, definitivamente Marisol no iba a perder esa oportunidad.

La cena fue un verdadero encanto para ella. Como él debía partir temprano al día siguiente hacia un destino lejano, la llevó a un restaurante del aeropuerto. No era un lugar gourmet, pero para Marisol, cenar con él en un simple autoservicio habría sido suficiente. Cautivada, casi olvidó que su objetivo inicial era encontrar un buen partido.

A pesar de una ligera torpeza que atribuyó a la timidez, su acompañante resultó ser muy seductor. La cena transcurrió como un sueño. El vino era excelente. Incluso olvidó preguntarle su nombre.

Al despedirse, fue ella quien propuso tomar una última copa en el bar del hotel donde él se hospedaba antes de su vuelo. Él aceptó, pero Marisol notó una sombra de duda en su mirada, lo que la decepcionó un poco. Sin embargo, ya no podían retroceder. El primer beso que compartieron en un rincón del vestíbulo encendió la chispa, y pronto fue el minibar de la habitación el que proporcionó la botella de champán para celebrar el encuentro.

Marisol olvidó todos sus principios y fue quien tomó la iniciativa. Siempre había prometido no entregarse en la primera cita, pero esta vez era diferente. Estaba enamorada de verdad.

Parecía que él también lo estaba, pero algo lo retenía. Confesó que tenía algo que decirle. Marisol ya esperaba que su cuento de hadas tuviera algún inconveniente. Toda la noche había percibido cierta incomodidad en él. ¿Estaría comprometido? ¿Casado? ¿Enfermo? No quería saberlo, al menos no todavía. Lo interrumpió con un beso, y él no insistió más.

A la mañana siguiente, Marisol despertó sola en la cama. Su corazón se encogió. ¿Se habría marchado sin despedirse? Probablemente había regresado con su esposa. Estaba segura de que Sara no perdería la oportunidad de regañarla más tarde en la tienda. Pero ya no le importaba. Solo quería abrazarlo una vez más, aunque jamás supiera su nombre.

Entonces escuchó el sonido de la ducha en el baño. Aliviada, miró a su alrededor y vio el uniforme de piloto descuidadamente colgado en una silla. Se levantó rápidamente, temerosa de que él pudiera desaparecer de nuevo si se volvía a dormir.

La luz inundó la habitación al abrir las cortinas. Luego, decidió colgar el uniforme para que no se arrugara más. Recordó que él debía pilotar esa misma mañana. ¿Qué pensarían sus elegantes azafatas al verlo tan desaliñado?

Al tomar la chaqueta, notó que las mangas estaban algo gastadas, algo que no había visto la noche anterior. Entonces, algo cayó del bolsillo interior. Un pasaporte. Marisol, temblando de curiosidad, no pudo resistir la tentación de echar un vistazo.

Su sonrisa se congeló al leer la información en el documento: Paco Ribas, el hermano de Sara. Mozo de equipajes de profesión. En el reverso de la chaqueta había un parche: el logotipo de una tienda de alquiler de disfraces.

En ese momento, Paco salió del baño, completamente desnudo, con una sonrisa avergonzada en los labios.

9 – Última cita

Al borde de los cincuenta, la célebre actriz Sandra Norman estaba a punto de convertirse en un mito viviente. Sin embargo, sentía que el declive de su carrera, y por ende de su vida, ya había comenzado. Alexis Orlov, su director fetiche y también su amante, acababa de preferir como protagonista de su próxima película a una joven estrella recién salida del conservatorio. Por supuesto, Sandra sabía que ya no tenía edad para interpretar a una joven protagonista, pero le costaba aceptar verse relegada a papeles de madre de familia o esposa abandonada. Ella, que hasta entonces había encarnado solo a mujeres fatales y había sacrificado todo por su carrera, ni siquiera había tenido tiempo de tener un hijo. Profundamente deprimida, Sandra había comenzado a beber. Su rostro mostraba ahora los estragos del alcohol sumados a los del tiempo. Alexis, cada vez más distante, ya no soportaba los cambios de humor de la estrella, agravados por sus excesos. ¿Había llegado el momento de retirarse?

Aquella noche, había citado a su amante en la lujosa suite que ocupaba en un hotel de París durante sus estancias en la ciudad. Como era de esperarse, la conversación pronto derivó en una discusión. Tras una violenta pelea, Sandra golpeó a Alexis con la estatuilla del último Oscar que él le había ayudado a ganar. El impacto fue tan fuerte que Alexis cayó inconsciente sobre la cama. También él había bebido bastante esa noche. Parecía respirar tranquilamente, y Sandra, sin preocuparse demasiado, decidió dejarlo dormir.

Frente al espejo del salón, Sandra examinó su rostro hinchado por las lágrimas. Estaba irreconocible. En ese estado, le resultaba imposible asistir al evento de caridad organizado por *Padres del Mundo*, la asociación de ayuda a huérfanos que patrocinaba para tranquilizar su conciencia. Tampoco tenía el valor de enfrentarse a los paparazzi, que inevitablemente la perseguirían en cuanto saliera del hotel.

Reuniendo las fuerzas que le quedaban, pidió a Carolina, su doncella, que la reemplazara. Carolina, de una estatura similar, usaría el vestido y el sombrero con velo de la estrella para despistar a los fotógrafos. Tras un breve paseo por París, el chófer la dejaría en casa.

Todo salió como planeado. Como una jauría de galgos tras un señuelo, los paparazzi persiguieron a Carolina en moto mientras Sandra salía por la puerta trasera del hotel. Allí la esperaba un taxi que la llevaría al aeropuerto. Su destino: Venecia, donde, bajo un nombre falso, planeaba ahogar sus penas en el carnaval.

Sandra llegó sin problemas a la Ciudad de los Canales y se registró en un discreto hotel. Durante el día permanecía recluida en su habitación, durmiendo, fumando y bebiendo. Por la noche, se mezclaba con la multitud enmascarada del carnaval. En medio de la atmósfera irreal, recuperaba a veces las ganas de vivir. Pero cada amanecer, mientras tambaleaba junto a un canal para regresar a su hotel, le asaltaba el deseo de lanzarse a las aguas oscuras y terminar con todo. Comprendió pronto que la huida no era la solución y decidió regresar a París.

En el avión, no pudo encontrar un periódico francés. Aunque era temprano, bebió varios whiskys y se quedó dormida. Una hora después, la despertó la voz de la azafata anunciando el descenso hacia Orly. El pasajero a su lado la observaba con una mezcla de fascinación y sorpresa, probablemente impactado por verla tan diferente de la imagen impecable que proyectaban las revistas.

Tras recuperar su equipaje, Sandra se dirigió a los baños del aeropuerto para retocarse antes de tomar un taxi. Prefería la indiferencia del conductor a la curiosidad morbosa de los transeúntes.

Antes de cualquier otra cosa, quería aclarar las cosas con Alexis. Sandra Norman no era alguien a quien se abandonara. Si Alexis pretendía dejarla, sería ella quien tomara la iniciativa de romper.

Al llegar a la Avenida de la República, el taxi quedó atrapado en un atasco. Sandra decidió continuar a pie, aprovechando para despejarse y preparar su discurso de despedida.

Frente al cementerio del Père-Lachaise, una multitud abarrotaba la entrada. Parecía que todo París estaba allí, junto con un despliegue de policías. Dos agentes la reconocieron y, tras intercambiar unas palabras, comenzaron a acercarse. Un presentimiento terrible se apoderó de ella. Se perdió entre la gente, intentando escapar de los policías.

Un horrible pensamiento cruzó su mente: ¿y si estaban enterrando a Alexis? ¿Podría haber muerto por el golpe que le había dado en la cabeza?

La confirmación de sus temores llegó al pasar por un quiosco. En la portada de una revista aparecía una foto de Alexis y ella, tomada en los días en que su tormentosa relación llenaba las páginas de la prensa sensacionalista. Compró la revista y se refugió en un café oscuro para leerla.

El titular hablaba de un trágico accidente. Sandra leyó con incredulidad los detalles: la limusina estrellada, el chófer en coma, la pasajera carbonizada... Todos los periódicos daban a Sandra Norman por muerta y anunciaban su funeral esa misma mañana.

10 – Mal plan

Mauricio nunca había tenido suerte. Nacido bajo una mala estrella, su vida siempre había estado marcada por el infortunio. Su infancia desgraciada le servía de argumento para ablandar a los jueces durante sus frecuentes visitas al tribunal, donde debía responder por las pequeñas estafas y delitos menores que le permitían sobrevivir. Sin embargo, esas actividades lo llevaban una y otra vez a prisión. Sus planes, por elaborados que fueran, siempre terminaban torciéndose. Su mala suerte era tan legendaria que los guardias de la cárcel lo apodaban Momo El Gafe.

Esta vez, sin embargo, Momo lo había planeado todo. Había elegido como objetivo la oficina de correos de la pequeña ciudad donde había pasado su infancia. Allí nadie lo reconocería, pues no había vuelto desde los 18 años, cuando su madre, furiosa al descubrir su primer robo en el supermercado local, lo denunció a la policía con la esperanza de corregirlo.

El intento fue en vano. Poco después, Mauricio dejó el hogar familiar y continuó su caótica carrera como delincuente de poca monta. Pero ahora, regresar al lugar de su primer delito tenía una ventaja crucial: conocía bien la configuración de la oficina de correos, donde había hecho unas prácticas de verano cuando era adolescente. Esa familiaridad facilitaría su plan.

El día anterior, había inspeccionado discretamente el lugar al comprar un talonario de sellos. Todo seguía igual: un edificio anticuado, con sistemas de seguridad obsoletos y sin cámaras funcionales. Con los depósitos de los comercios locales, el fuerte probablemente estaría lleno al final de la jornada. El camión de recogida pasaba a las 18 horas, así que asaltar la oficina justo antes de cerrar parecía ideal.

A las 17:30, sentado en su coche frente a la oficina, Mauricio ya fantaseaba con leer al día siguiente el relato de su "hazaña" en el periódico local. Sería su revancha contra el destino.

Bajó del coche, ajustó su reloj y se dirigió a la entrada. Asegurándose de no llamar la atención, se colocó la máscara y sacó de su chaqueta una pistola descargada, pero suficiente para intimidar.

Entró en la oficina, que estaba llena de clientes. Nadie notó su presencia hasta que gritó: "¡Esto es un atraco! ¡Todos al suelo!".

Los clientes obedecieron al instante, y los empleados quedaron paralizados. Mauricio ordenó al empleado más veterano abrir la caja fuerte y llenar un saco con dinero. Este lo hizo sin resistencia. En menos de un minuto, Mauricio tenía un pesado saco lleno de billetes.

Para garantizar su huida, decidió tomar un rehén. Apuntando con la pistola, eligió a alguien al azar entre los clientes tumbados en el suelo. "¡Tú, ven conmigo!" ordenó, agarrando a la elegida por el brazo.

Antes de salir, se quitó la máscara y guardó la pistola en el bolsillo, intentando no llamar la atención. Sin embargo, al salir, se encontró con una sorpresa: una agente de tránsito estaba a punto de multar su coche mal estacionado.

Decidió abandonar el vehículo y huir a pie. Su plan seguía intacto. Nadie había visto su rostro en la oficina, y su rehén mantenía la cabeza baja, temblando de terror. Pero justo cuando se preparaba para escapar, escuchó una voz fuerte: "¡Momo! ¿Eres tú?"

Desconcertado, Mauricio miró por primera vez a su rehén. En el caos, no había reparado en el rostro de la persona que había tomado. Al levantar la vista, su corazón se detuvo. Allí, frente a él, con una mirada de reproche inconfundible, estaba... ¡su madre!

11 – Condenado a muerte

¡Una condena a muerte! Así recibió Eduardo el diagnóstico que le acababa de dar el doctor Belmonte, después de insistirle para que no suavizara la verdad. Entre el torrente de términos médicos incomprensibles que el médico le había lanzado, solo retuvo algunos: *tumor inoperable, pronóstico vital, cuidados paliativos*. Su mente lo tradujo de inmediato: *sin esperanza, lenta agonía, decadencia inevitable*.

Es cierto que los continuos dolores de cabeza que sufría desde hacía semanas deberían haberlo alertado. Pero ¿cómo podría haber adivinado, al decidirse por fin a consultar a un médico por consejo de Julia, su esposa, que su destino ya estaba sellado? "¿Cuánto?" preguntó, cerrando la conversación. "Seis meses" respondió el especialista. "Un año como máximo."

"Lo justo para arreglar mis asuntos y dejar a Julia sin preocupaciones financieras" pensó Eduardo. Antes de abandonar el consultorio, exigió al médico una última promesa: no contarle nada a nadie, ni siquiera a Julia. Él mismo se encargaría de decírselo en el momento adecuado. Ofendido casi, Belmonte le aseguró que el secreto médico lo obligaba a ello.

Al volver a casa, Eduardo hizo todo lo posible por mantener las apariencias. Le dijo a Julia que las migrañas eran fruto del estrés y que desaparecerían con los nuevos medicamentos. Julia pareció creerle y, para celebrar esas noticias tranquilizadoras, Eduardo la invitó a cenar. Hacía tiempo que no veía a su esposa tan alegre. Sin embargo, sabía que esos momentos de felicidad serían los últimos.

En los días siguientes, sin que Julia lo supiera, Eduardo puso en orden todos sus asuntos. Redactó con su notario un testamento que aseguraría que toda su fortuna pasara directamente a Julia, evitando que sus hijos, con quienes estaba distanciado desde su reciente matrimonio, pudieran reclamar algo. Julia era inteligente, pero nunca había trabajado, y él no imaginaba que pudiera mantenerse por sí misma. Para evitarle preocupaciones, contrató incluso un seguro funerario que se ocuparía de todos los detalles de su entierro.

Para él, el resto estaba claro: no permitiría que la enfermedad lo redujera a un estado vegetal, incapaz de tomar decisiones. Siempre había controlado su destino y quería controlar también su final. Y, dadas las circunstancias, solo veía una salida.

Unos días más tarde, Eduardo convenció a Julia para que pasara el fin de semana en su casa de campo en Segovia. Él iría el domingo. La despidió con un último beso, más tierno de lo habitual, pero sin levantar sospechas. Después de verla partir, fue a su despacho y, usando el revólver que había guardado por años para proteger a su familia de posibles ladrones, se disparó en la sien.

La mujer de la limpieza encontró su cuerpo al día siguiente, rodeado de un charco de sangre. Había dejado una carta para Julia, explicándole la enfermedad incurable que lo había llevado a tomar esa decisión. "Me niego a que la enfermedad elija por mí. Quiero que recuerdes al hombre pleno que fui, no a un moribundo patético."

Julia, devastada por la muerte de su esposo, no se sorprendió del suicidio. Eduardo le había dicho en varias ocasiones que jamás permitiría que una enfermedad decidiera su final. Las exequias se celebraron en la más estricta intimidad, sin flores ni coronas, como él había deseado. Los hijos de Eduardo, sabiendo que no heredarían nada, ni siquiera asistieron.

Tras la ceremonia, el doctor Belmonte se ofreció a llevar a Julia a casa. Durante el trayecto permanecieron en silencio. Al llegar a la lujosa mansión que Eduardo le había dejado, Belmonte la acompañó al interior.

Una vez dentro, Julia dejó la urna con las cenizas de Eduardo en el suelo, arrancó el velo negro que cubría su rostro, y abrazó apasionadamente al médico. "Creí que esto no terminaría nunca" dijo ella con un suspiro. "¿Crees que estamos seguros?" Belmonte sonrió mientras la besaba. "Será mejor ser prudentes unos meses más. Pero no hubo autopsia, ya que las causas de la muerte parecían evidentes." Señaló la urna con una sonrisa sarcástica. "Incluso si abrieran una investigación, ¿cómo podrían probar que Eduarda nunca tuvo un tumor cerebral?"

12 – Una relación peligrosa

"Soy la amante de su marido..." Cristina observó por un instante a la joven rubia que, como forma de presentación, le acababa de lanzar estas palabras que recibió como una puñalada. Le tomó unos segundos asimilar todo su significado.

La noche anterior, el marido de Cristina, Rafael, profesor universitario en La Sorbona, la había llamado una vez más al final de la tarde para informarle que llegaría tarde. Debía trabajar en la biblioteca para terminar por fin la redacción de su próximo libro. Una obra de referencia sobre Choderlos de Laclos, el autor de *Las relaciones peligrosas*, que su editor le reclamaba desde hacía meses. Pero poco después de colgar, Cristina había recibido otra llamada, mucho más inusual. La joven, que dijo llamarse Sandra, le había pedido verla con urgencia. Y que no le mencionara nada a su marido. Su voz era grave. Parecía importante. Cristina, sin más explicaciones, aceptó una cita en una tetería frente a Beaubourg.

A la mañana siguiente, Rafael partía por tres días a Roma para consultar archivos sobre los últimos días de Laclos en Tarento y reunirse con colegas. Ella lo dejó ir sin decirle nada sobre aquella misteriosa llamada.

Por supuesto, al acercarse su vigésimo quinto aniversario de bodas, la pareja que formaba con Rafael ya no tenía el fuego de la juventud. Pero Cristina, a pesar de un sombrío presentimiento, estaba lejos de sospechar lo que Sandra acababa de revelar. Es cierto que quizá había habido algunos deslices por parte de Rafael durante el difícil paso de los cuarenta. Pero ella nunca se había enterado. O tal vez había preferido ignorarlo. Y desde entonces, lo creía definitivamente calmado. Esta vez, sin embargo, las pocas palabras definitivas que Sandra había soltado no le dejaban alternativa.

Con el tiempo, claro está, el comportamiento de Rafael en los últimos meses debería haberla alertado. Llegaba cada vez más tarde. Cada vez más seguido. Y cada vez se tomaba menos el esfuerzo de inventar excusas originales. Las largas noches en la biblioteca del Centro Georges Pompidou, donde era inubicable porque debía apagar su teléfono móvil, eran una coartada cómoda para encubrir una aventura. En cuanto a ese supuesto libro en el que se suponía que trabajaba Rafael, podría extender su redacción indefinidamente.

Pero entonces, ¿por qué esta cita...? "¿Qué quiere?" preguntó Cristina con voz temblorosa. Sandra no respondió de inmediato. Parecía dudar. Quizá ya se arrepentía de su iniciativa. Pero era demasiado tarde para retroceder. "Estoy embarazada" soltó finalmente. Y casi de inmediato, como si eso lo hiciera menos grave, añadió: "Rafael no lo sabe."

Recuperada de su primera sorpresa, Cristina entendía cada vez menos. "¿Y es para darme la primicia de esta feliz noticia que quería conocerme? intentó ironizar, aunque no tenía realmente ganas de reír. Sandra levantó la cabeza y la miró a los ojos. Evidentemente, superada la primera incomodidad, había decidido enfrentarse. "Quiero tener el bebé, pero le dejo al padre."

El padre... Esta palabra, asociada a Rafael, sonaba dolorosamente en los oídos de Cristina. Ellos no habían podido tener hijos juntos. Sabía que era estéril. Pero nunca había sentido que eso pudiera ser una frustración para Rafael. Al menos no al punto de querer rehacer su vida con otra. Hoy, ya no sabía muy bien quién era su marido, qué pensaba o qué sentía realmente. ¿Acaso no le había estado mintiendo durante meses?

"Sé que Rafael la dejará si se entera de que estoy esperando un hijo suyo. Me lo ha dicho. Pero no es lo que deseo. Estoy dispuesta a dejarlo, pero necesito dinero..." El corazón de Cristina se encogió. Tenía dificultades para respirar. "¿Quiere que le pague para recuperar a mi marido? ¿Es un chantaje?" Sandra la miró con una expresión avergonzada, y Cristina casi sintió lástima por ella. No tenía realmente el perfil de una chantajista. ¿Qué edad podría tener? ¿Veinte años? Quizá ni siquiera eso... "Aún soy estudiante" continuó. "No tengo ingresos por ahora. Mi familia, prefiero no hablar de ello... No quiero romper su matrimonio. Amo a Rafael, pero... A diferencia de él, no creo que esto pueda funcionar por mucho tiempo entre nosotros... Así que es mejor romper de inmediato, antes de que él se entere de que estoy embarazada. Porque estoy decidida a tener este bebé. Y para eso, necesito algo para subsistir hasta el nacimiento. Después encontraré trabajo. Con un poco de dinero, podría irme de inmediato a Lyon... en lugar de ir a encontrarme con Rafael en Roma, como estaba previsto."

Cristina se sintió de repente muy cansada. Quería terminar con todo. "¿Cuánto?" preguntó. "Diez mil", respondió Sandra, antes de precisar: "Diez mil euros."

Cristina sintió que las lágrimas le subían a los ojos, pero las contuvo por orgullo. Diez mil euros... Así que ese era el valor estimado de su matrimonio en la guía de tasación matrimonial, con veinticinco años de antigüedad. Cristina sabía que debía tomar una decisión, y que esta decisión determinaría el resto de su vida. Pero ya no podía más. "La veré aquí pasado mañana" murmuró al levantarse. Antes de irse, sin estar realmente segura de lo que decía, añadió en un susurro: "Le daré el dinero." En la calle, dejó escapar su llanto.

Los dos días siguientes fueron un verdadero calvario para ella. Cuanto más se acercaba la hora de su cita, menos sabía qué debía hacer. Por supuesto, estaba furiosa con Rafael por haberla traicionado. Probablemente lo habría estrangulado si hubiera estado allí. Pero él estaba en Roma, esperando a su amante, que no aparecería. Después de darle mil vueltas al problema durante toda una noche, tomó una decisión y, a la mañana siguiente, fue al banco para retirar en efectivo los diez mil euros depositados en una cuenta en previsión de reemplazar su viejo auto. No sabía aún qué actitud tomaría hacia Rafael cuando su amante lo dejara por el precio de un coche de gama baja, pero al menos estaba segura de algo. Si tenía que separarse de su marido, antes de pedir el divorcio, se vengaría mostrándole, con pruebas, el valor que su lolita le daba al amor que le profesaba. Sin mencionar, por supuesto, al hijo que esperaba, del cual nunca sería el padre.

Mientras regresaba del banco con el pequeño sobre que contenía los cincuenta billetes de doscientos euros, escuchó sonar el teléfono. ¿Sería Sandra, que había cambiado de opinión, llamándola desde Roma para anunciarle que finalmente quería hacer su vida con el padre de su hijo?

La llamada venía efectivamente de Roma. Pero era Rafael. Llamaba desde el aeropuerto para anunciarle que volvía un día antes de lo previsto. Esto no sorprendió mucho a Cristina. Dado que su amante le había dejado plantado, ya no tenía razones para quedarse allí. Sin embargo, la idea de verlo de nuevo en ese apartamento que habían compartido durante tantos años le parecía insoportable. Siguiendo su instinto, le propuso reunirse en la tetería donde había quedado con Sandra. Fingiendo un tono alegre, le anunció a Rafael que tenía una sorpresa para él. A regañadientes, Rafael aceptó, ante su insistencia. Pero no parecía estar de humor para apreciar sorpresas...

Unas horas más tarde, Cristina se encontró con Sandra frente a Beaubourg. La joven ya la esperaba. Parecía nerviosa. Y esta vez, Cristina, resignada, se sentía más tranquila. Esa noche, su vida quedaría hecha añicos. Pero por el momento, tenía su venganza. Solo necesitaba retener a Sandra hasta la llegada de Rafael, que no tardaría en llegar.

"Tengo el dinero" dijo. "Pero exijo garantías. No quiero que mi marido pueda reprocharme haber organizado yo misma esta siniestra transacción. Que piense que fui yo quien tuvo la idea de pagarle para que lo dejara..." Ahora era Sandra quien estaba a la defensiva. "¿Qué quiere?" Cristina la miró directamente a los ojos, saboreando el desamparo que podía leer en su mirada. "Una carta. Una carta de su puño y letra explicando las razones y las circunstancias de su partida. Que mi marido sepa exactamente a qué atenerse..." Cristina empujó hacia la joven la hoja en blanco y el lápiz que había preparado. Sandra pareció dudar. Luego tomó una decisión. Mientras escribía a regañadientes algunas líneas, Cristina vio entrar a su marido al salón de té y buscarla con la mirada. Rafael finalmente vio la mesa donde estaba sentada su esposa, mientras que Sandra, de espaldas, firmaba furiosamente la carta que acababa de redactar. La sincronización era perfecta. Cristina tomó la hoja y le entregó a Sandra el sobre con los diez mil euros. La joven lo agarró, lo metió en su bolso y se levantó para irse justo cuando Rafael se acercaba a la mesa. Cuando Sandra reconoció a Rafael, entró en pánico. Lanzó una mirada furiosa a Cristina, comprendiendo que la había traicionado y, sin decirle nada y sin mirar a Rafael, salió corriendo hacia la puerta.

Rafael lanzó una mirada sorprendida hacia la joven que acababa de empujarlo al salir tan precipitadamente. Parecía de mal humor. "¿Quién es esa loca?" le preguntó a Cristina a modo de saludo. El rostro de Cristina se congeló y no pudo articular palabra. Además, visiblemente preocupado por problemas más importantes, Rafael no parecía esperar una respuesta. "Tuve un montón de problemas para encontrar un taxi... Todo está saliendo mal en este momento. Al llegar a Roma, me di cuenta de que había perdido mi agenda y mi directorio. Seguro que los olvidé en la biblioteca... Por eso regresé antes..."

Después de deshacerse de su equipaje, quitarse la gabardina e instalarse en la mesa, Rafael finalmente levantó los ojos hacia su esposa. "¿Y tú? ¿Cuál es esa buena noticia que querías anunciarme? ¿Compraste el coche nuevo y me llevas a casa en él, eso es?"

Como petrificada, Cristina no respondió. Con la mirada perdida, fijó la puerta del salón de té, por donde acababa de desaparecer la desconocida. Con sus diez mil euros en efectivo...

13 – El gordo

"¡O ella o yo!" gritó Carolina a su esposo. Desde hacía un tiempo, la joven mujer ya no soportaba la presencia de Margarita, la madre de Fabio, en su casa. La anciana se había mudado temporalmente tras la muerte de su marido, incapaz de subir sola los cinco pisos sin ascensor del viejo edificio donde había vivido durante más de treinta años. Lo que empezó como algo provisional se había convertido en permanente. Margarita intentaba no ser una molestia. Sin embargo, Carolina, frustrada, lanzó un ultimátum. "O la metes en una residencia, o me voy".

Fabio entendía el enfado de su esposa. Sus hijos ya se habían independizado, y Carolina deseaba disfrutar de la vida, salir y viajar. Pero desde que Margarita llegó, la rutina del matrimonio quedó en pausa. Sin recursos para contratar ayuda, ambos se turnaban para cuidarla. Adiós a las vacaciones y las salidas espontáneas.

Esa misma noche, Fabio habló con su madre. Margarita aceptó con resignación, aunque su corazón se encogió. "No te preocupes, hijo. Lo entiendo. No puedo seguir siendo una carga." Antes de irse a dormir, Margarita le pidió a Fabio que no olvidara validar su boleto de lotería. "¿Sigues jugando con tu número de Seguridad Social?" preguntó él con una sonrisa. "Siempre. Ese número algún día me hará ganar el gordo" respondió ella.

Al día siguiente, Carolina encontró a Margarita sin vida en su sillón. El médico determinó que había sido un infarto. Fabio no pudo evitar culparse, pensando que la conversación sobre la residencia pudo precipitar su muerte.

El día del funeral, Fabio sintió un nudo en el estómago al despedirse de su madre, vestida con la misma ropa que llevaba la última vez que la vio viva.

Pocos días después, Carolina hojeaba el periódico local cuando un titular llamó su atención. "El boleto ganador del supergordo ha sido validado en un pequeño pueblo de Asturias. El afortunado aún no se ha presentado..." leyó. "¡Mira, Fabio! ¡Es aquí! ¿Y si fue tu madre?" exclamó emocionada. "¿Margarita?" dijo él, incrédulo. "Ella tiene una buena razón para no presentarse..." comentó Carolina.

Fabio subió a buscar una hoja con el número de Seguridad Social de su madre. Al compararlo con la combinación ganadora, se quedó helado. "¡Era ella! ¡Ganó el gordo!" gritó mientras bajaba las escaleras de dos en dos.

Fabio estaba seguro de que Margarita había tenido el boleto en sus manos cuando sufrió el infarto. El problema era que no lo encontraban. Buscaron en cada rincón de la casa, pero sin éxito.

"¡Piensa, Fabio! ¿Qué hizo tu madre con el boleto cuando se lo diste?" preguntó Carolina. Fabio recordó: "Lo puso en la bolsa de su vestido...". "¿Cuál vestido?". "El azul... el último que todavía le quedaba decente."

De repente, ambos entendieron. Carolina lo miró horrorizada. "El vestido con el que la enterramos..." El boleto ganador, y el sueño del gordo, se había ido con Margarita a la tumba.

14 – Orden de desalojo

Simón tenía el corazón roto. Mañana sería desalojado de su encantador chalé con jardín, el lugar donde soñaba pasar el resto de sus días. El ayuntamiento había decidido liberar el terreno para construir... un vertedero municipal. Existía una alternativa más ecológica: una planta de cogeneración al otro lado del pueblo, capaz de convertir los desechos en electricidad y calefacción urbana. Pero la inversión inicial era más costosa, y el alcalde no estaba dispuesto a asumirla.

Simón había agotado todos los recursos posibles para evitar el desalojo. Sin embargo, ¿qué podía hacer un anciano solo frente a una administración implacable que imponía sus propias reglas? Desde su ventana, observaba a Lola dando su paseo diario por el jardín. Era una anciana también, frágil y llena de arrugas. ¿Cuántos años tenía? ¿Noventa? ¿Noventa y cinco? Tal vez incluso un siglo.

Lola llevaba tanto tiempo en la casa como Simón podía recordar. Cuando él heredó el chalé hace veinte años, ella ya vivía allí. Sus padres le hicieron prometer que nunca la echaría. Al principio, la idea de compartir su hogar con ella no lo entusiasmaba, pero con el tiempo, se acostumbró a su discreta compañía. Veinte años juntos habían forjado un vínculo profundo. Ahora, Lola también sería desalojada, arrancada del único refugio seguro que conocía. Simón sabía que no sobreviviría al cambio. No a su edad.

Buscando desesperadamente una solución, Simón se unió a Lola en el jardín. Si pudiera retrasar el desalojo solo unos días, se iniciaría la temporada de invierno, cuando la ley prohíbe los desalojos hasta la primavera. Para entonces, esperaba que el proyecto del vertedero se descartara, pues las elecciones municipales se acercaban y los ecologistas estaban comenzando a movilizarse contra el plan.

Mientras Lola lo miraba con ojos suplicantes, una idea absurda cruzó la mente de Simón. No podía ser... ¿O sí? Sin explicar nada, corrió a su despacho, encendió su viejo ordenador y comenzó a buscar información en internet. Pacientemente, revisó páginas y documentos durante toda la noche.

A la mañana siguiente, los primeros rayos del sol despertaron a Simón, que había pasado la noche dormido sobre el teclado. Lola aún dormía, pero el sonido del timbre del jardín la despertó. Simón miró por la ventana y vio a dos policías acompañados de tres furgonetas. Venían preparados para el desalojo, incluso con espacio para cargar muebles.

Con paso firme y tranquilo, Simón salió a recibirlos, seguido de cerca por Lola, que caminaba con dignidad.

"Señores agentes" dijo Simón, con voz serena pero firme, "la administración no puede violar las leyes que ella misma establece. Mi compañera Lola está protegida por normativas muy estrictas. Según la legislación vigente, no se puede expulsar a alguien como ella sin una autorización especial por escrito."

Simón extendió un documento recién impreso de internet. Los policías, sorprendidos, lo examinaron mientras miraban de reojo a Lola, que los observaba con altivez.

"Es extraño, lo sé, pero así son las cosas" añadió Simón, seguro de su victoria. "En este país, es más fácil desalojar a un anciano de su casa... que a una tortuga de una especie protegida."

Los policías, visiblemente desconcertados, no tuvieron más remedio que retirarse, dejando a Simón y a Lola disfrutar de su jardín, al menos por un invierno más.

15 – Secuestro

Al abrir la puerta de su casa, tras una dura jornada de trabajo, Laurencia se sorprendió de no ver a Lea, su hija, correr hacia ella para recibirla, como era su costumbre. Quizás se había entretenido un poco en el camino de la escuela... Fue al regresar hacia la entrada cuando vio el papel que habían deslizado bajo la puerta. Lo recogió y lo leyó febrilmente: “Si quiere volver a ver a su hija con vida, preséntese esta noche en La Casa de los Olivos con su marido y 300.000 euros. Le aconsejo que no avise a la policía”. Laurencia sintió cómo la sangre se le helaba en las venas.

Al llegar a la villa ubicada en los alrededores de Toledo, Laurencia quedó impresionada primero por el estado de abandono del parque. Luego notó el cartel de “Se vende”, que simbolizaba el fracaso de su matrimonio con Manuel. Supo, al ver la luz del vestíbulo, que su marido ya estaba allí. No lo había vuelto a ver desde aquella noche en que descubrió que la engañaba con su asistente. Unas horas antes, había tenido que hacer un esfuerzo para marcar el número del consultorio de oftalmología. Ahora, más allá de la angustia que la consumía desde la desaparición de su hija, sentía una inmensa aprensión ante la idea de reencontrarse con el hombre al que había amado.

Al entrar en el salón, vio a Manuel de espaldas, hablando por teléfono. Colgó justo cuando ella entraba en la habitación y se giró hacia ella. No había cambiado mucho, pero parecía cansado. ¿Sería su amante quien lo agotaba hasta ese punto? “¿Tienes el dinero?” preguntó Laurencia para romper el silencio. “Sí, no te preocupes”. ¡No te preocupes! Fácil de decir. Habían secuestrado a su hija, ¿y eso era todo lo que podía decir? Laurencia se esforzó por recuperar la calma. “El secuestrador se enteró de que acabábamos de vender la villa y aprovechó para exigir un rescate” soltó. Manuel, incómodo, no dijo nada. Ella continuó reflexionando. “Pero, ¿por qué nos citó aquí? La casa está vendida; no deberías tener las llaves...” Una duda surgió en la mente de Laurencia. “¿Cómo entraste?” Manuel salió de su reserva. “¡Me quedé con una copia! ¿De qué más me acusas ahora?” Ella suspiró. “Hay muchas cosas de las que nunca creí que fueras capaz...”

Su amable conversación fue interrumpida por el timbre del teléfono. Manuel contestó, escuchó unos momentos en silencio y luego colgó. “Era el secuestrador” declaró. “Quiere asegurarse de que la policía no está cerca antes de manifestarse. Volverá a llamarnos”. Laurencia sintió que el aire le faltaba. “No me digas que vamos a pasar la noche aquí”.

Eso fue precisamente lo que ocurrió. La espera era insoportable. Por suerte no habían avisado a la policía, ya que el secuestrador parecía estar alerta. Según Manuel, su voz al teléfono estaba distorsionada, como si hablara a través de un pañuelo. Era imposible saber si era un hombre o una mujer. “Te envié los papeles del divorcio” soltó Manuel. “Lo sé” respondió ella lacónica. “¿Los has firmado?” continuó él en un tono despreocupado. “Todavía no” contestó ella con un nudo en la garganta. “¿Tienes tanta prisa por casarte con tu asistente?” Él la miró con una expresión extraña. “Ya no

veo a Carla... ¿Y tú? Seguro que encontraste a alguien para que te haga compañía...” Ella no pudo evitar sentirse satisfecha al notar los celos de Manuel y decidió no desmentirlo. “¿De verdad crees que eres insustituible?”

Después de intercambiar las amabilidades que un matrimonio en proceso de divorcio puede compartir, terminaron por guardar silencio, y Laurencia, agotada por todas esas emociones, pronto se quedó dormida en su sillón. Unas horas después, un ruido estridente la sacó de una horrible pesadilla. El secuestrador había tomado los rasgos de Carla. No contenta con haberle robado a su marido, esa desgraciada quería arrebatárselo a su hija, que se debatía gritando con fuerza.

De vuelta a la realidad, Laurencia se dio cuenta de que se trataba del timbre del teléfono. Manuel acababa de colgar el auricular. “Era él” anunció con voz grave. “Quiere que dejemos el dinero sobre el brocal del pozo, al fondo del parque”. Laurencia se levantó de un salto. “Hagamos lo que pide. Que se lleve el dinero al infierno y que nos devuelva a nuestra hija”. Manuel asintió sin decir nada y sacó de debajo del sofá un maletín que Laurencia no había visto hasta entonces. “Iré solo, es más prudente” dijo con una voz extrañamente tranquila. Mientras Manuel se dirigía hacia la puerta, Laurencia volvió a sentir una duda. Algo no cuadraba en toda esta historia. Se dirigió hacia Manuel, le arrebató el maletín y lo abrió. ¡Estaba vacío!

“¡Así que era eso!” exclamó Laurencia fuera de sí. “Secuestraste a tu propia hija para quedarte con la mitad del dinero que me correspondía por la venta de la casa...” Manuel bajó la mirada, visiblemente abatido, y sacó un revólver de su bolsillo. Laurencia retrocedió. “No, Laurencia. La verdad es que cancelé la venta de La Casa de los Olivos en el último momento. No pude resignarme a ceder a un desconocido esta casa donde fuimos tan felices los tres. Aún esperaba que no firmaras los papeles del divorcio... Si te mentí sobre el dinero, fue para no alarmarte. No tengo la suma que pide el secuestrador”. Manuel levantó la pistola. “La única solución es esta...” Algo en la voz de Manuel terminó de convencer a Laurencia de que no mentía. Se acercó a él y se abrazaron durante un largo rato. “Perdóname” dijo ella. “Eres tú quien debe perdonarme” respondió él. “Pero ahora debemos salvar a nuestra hija”. “Voy contigo” sentenció ella en un tono inapelable.

Pocos minutos después, Manuel y Laurencia se acercaban al lugar donde debían dejar el rescate. Apenas amanecía, y la niebla aún era espesa. A unos metros del pozo, distinguieron una figura humana. A Manuel se le ocurrió disparar a ciegas hacia el secuestrador. Pero Laurencia lo disuadió. Actuar así significaba perder toda esperanza de recuperar a su hija. Avanzaron unos pasos más, tomados de la mano con más fuerza. Los acontecimientos dramáticos a los que habían tenido que enfrentarse juntos desde la víspera los habían unido nuevamente. Fue entonces cuando distinguieron los rasgos de la frágil silueta que los esperaba. Eran los de su hija Lea... “Era la única manera que encontré para que estuviéramos juntos de nuevo” confesó con una sonrisa incómoda.

16 – El misterio de la habitación roja

Durante mi carrera, había visto de todo. Pero este caso, aparentemente ordinario, me obsesionaba. Estaba frente a un rompecabezas al que solo le faltaba una pieza para completar el retrato del culpable.

Todo comenzó cuando me llamaron para investigar el robo de unas joyas en un hotel de lujo de la Île Saint-Louis, en París. Durante el día, alguien había entrado en la habitación de una rica cliente y se había llevado un collar de perlas valorado en decenas de miles de euros. Estaba claro que el ladrón era alguien del personal del hotel o un huésped. Parecía poco probable que un extraño pudiera entrar en el hotel sin ser notado. Además, la cerradura de la habitación no había sido forzada.

Empecé interrogando al recepcionista, un testigo clave y, de algún modo, el principal sospechoso, ya que era el guardián de todas las llaves de las habitaciones. Podría haber entrado fácilmente en una de ellas para robar. También estaba en una posición privilegiada para conocer los movimientos de los clientes y actuar sin miedo a ser interrumpido. El hombre me dio su versión de los hechos: "Cuando un cliente sale del hotel, deja su llave en recepción" explicó. "Yo la cuelgo inmediatamente en el panel."

Observé el colorido panel detrás de él con curiosidad. Anticipándose a mi pregunta, el recepcionista me ofreció una explicación: "Cada habitación del hotel lleva el nombre de un color: la habitación azul, la amarilla, la rosa..." La llave de cada habitación tiene un llavero del color correspondiente, y cada una se cuelga en su lugar en este panel multicolor. El robo ocurrió en la habitación roja.

"¿Cree que algún cliente pudo haber tomado la llave sin que usted lo notara y luego devolverla a su sitio tras cometer el robo?" pregunté. El recepcionista dudó antes de responder: "Para tranquilidad de nuestros huéspedes, me gustaría decir que no. Pero, siendo honesto, no puedo excluir esa posibilidad. A veces tengo que ausentarme unos minutos para resolver algún problema..."

Parecía que no había dicho todo. Lo animé a continuar. "¿Y la tarde del robo? ¿Notó algo en particular?" Vaciló nuevamente antes de responder: "Alrededor de las cuatro de la tarde, salí un minuto para fumar un cigarrillo. Luego, otra vez a las cinco para ir al baño. La primera vez, no noté nada. Pero la segunda, al regresar, vi que la llave de la habitación roja estaba colgada en el lugar de la de la habitación rosa. No le di importancia en ese momento, aunque nunca cometo ese tipo de errores. Simplemente la volví a colocar en su sitio. Pero después de lo ocurrido... sí, es posible que alguien haya tomado la llave de la habitación roja en ese lapso."

El robo había ocurrido a media tarde, lo que descartaba a las empleadas de limpieza, quienes solo tenían acceso a las habitaciones hasta las dos de la tarde. Así que comencé a interrogar a los huéspedes del hotel, empezando por la ocupante de la habitación roja, una acaudalada viuda.

Ella me relató su experiencia con lujo de detalles. Dijo que había salido del hotel alrededor de las dos y media de la tarde para visitar a una amiga en Neuilly. Estaba segura de que su collar estaba aún en el cajón, pues había dudado si usarlo para salir. Le señalé que había sido imprudente no colocar una joya tan valiosa en la caja fuerte del hotel. Ella admitió su descuido, aunque su fortuna le permitía no dramatizar la pérdida.

Con cada huésped que interrogaba, el misterio parecía hacerse más espeso. Pero cuando llegó el turno de un hombre elegantemente vestido, sentado frente a mí en un cómodo sofá del lounge, algo me llamó la atención. Bastaron unas pocas preguntas para confirmar mis sospechas y decidir llevarlo al comisario para un interrogatorio más exhaustivo.

Gracias a una investigación más profunda sobre su identidad y a una detención de 24 horas, obtuve su confesión sin mucha resistencia. "¿Cómo supo que era yo?" preguntó el ladrón, sorprendido.

Magnánimo, decidí satisfacer su curiosidad. "El ladrón devolvió la llave de la habitación roja al lugar de la habitación rosa en el panel de la recepción. Quizás lo hizo con prisa... pero también porque era daltónico." El hombre abrió los ojos con incredulidad. "Pero, ¿cómo supo que yo era daltónico?" No pude evitar sonreír: "Cuando se sentó frente a mí en el salón del hotel y vi sus calcetines... ¡No eran del mismo color!"

17 – El secreto de la maceta

Juan y Pepe vivían, desde siempre, en dos apartamentos con balcones contiguos, situados en el sexto y último piso de un edificio bien cuidado en un barrio obrero del norte de Barcelona. Aunque ambos habían trabajado toda su vida en la misma hilandería, nunca habían llegado a hacerse amigos. Y sus relaciones no eran mucho más cálidas desde que Juan se jubiló, unos años atrás.

Para combatir el aburrimiento, Juan pasaba varias horas al día en su balcón, cuidando el rosal que sus compañeros le habían regalado durante su fiesta de despedida en la hilandería. Lo regaba, lo podaba, le ponía abono e insecticida, y lo rociaba con agua para refrescarlo cuando hacía demasiado calor... Y cuando el rosal, decididamente, ya no necesitaba nada más, Juan incluso llegaba a hablarle.

Por desgracia, el resultado de tanta atención no estaba a la altura de las legítimas esperanzas de este tranquilo jubilado. El rosal seguía siendo pequeño y débil. En verano apenas daba una o dos rosas grisáceas, que se marchitaban rápidamente. Juan incluso temió, el año anterior, que no sobreviviera al invierno. Ya no sabía qué hacer para devolverle las ganas de vivir a su deprimido rosal, y esta preocupación, en el vacío de su ociosa existencia, adquiriría proporciones desmesuradas. Tanto, que la mujer de Juan, ignorando el origen del mal que afectaba a su marido, temía por su salud.

Fue en este contexto sombrío que, una mañana, Juan tuvo la sorpresa de ver, en el balcón de al lado, un rosal en maceta muy similar al suyo. Pronto entendió el significado de este inesperado acontecimiento. Evidentemente, los compañeros de la hilandería, careciendo de imaginación, habían regalado a Pepe, como a Juan, el mismo obsequio de jubilación. Sin embargo, Juan acogió la llegada de ese rosal competidor como una especie de provocación. Redobló entonces sus cuidados hacia su propia planta. ¡De ninguna manera permitiría que ese recién llegado superara al suyo en tamaño y vigor!

Al darse cuenta de que Pepe, a diferencia de él, descuidaba su planta, Juan se sintió algo más tranquilo. Sin embargo, siguió observando discretamente lo que ocurría en el balcón vecino. Cada noche, justo antes de cenar, Pepe salía al balcón durante unos minutos. Vertía tres gotas de un misterioso líquido en un vaso de agua, que luego echaba en la maceta de su rosal. Después, volvía a su apartamento para no aparecer de nuevo hasta el día siguiente a la misma hora.

Este comportamiento intrigaba enormemente a Juan. Más aún cuando, al poco tiempo, el rosal de Pepe, en lugar de marchitarse como cabría esperar debido a la falta de cuidados, empezó a florecer rápidamente. Unas semanas después, ya superaba al de Juan en tamaño y belleza. Y para el verano siguiente, alcanzó una esplendorosa magnificencia. Juan estaba enfermo de celos. Redobló sus esfuerzos, consultó libros de jardinería, probó los fertilizantes más eficaces. En vano. Su rosal apenas prosperaba, mientras que el del vecino explotaba literalmente en un ramo de rosas de una magnificencia casi inquietante.

Juan no sabía qué hacer para recuperar terreno, cuando una noche notó que Pepe, antes de volver a cenar, había olvidado cerca de su rosal el misterioso frasco. Muerto de curiosidad, Juan ya se disponía a trepar, arriesgando su vida, la barandilla que separaba su balcón del vecino. ¡Necesitaba saber a toda costa el nombre de ese elixir mágico! Pero Juan fue interrumpido por la esposa de Pepe, que acababa de salir al balcón. Ella cogió el frasco antes de observar, también intrigada, la marca de humedad que había quedado en la tierra de la maceta. Visiblemente contrariada, volvió inmediatamente al interior del apartamento llevándose, por supuesto, el frasco consigo.

Al día siguiente, al mediodía, mientras regresaba de una tienda especializada donde había ido nuevamente en busca de un fertilizante milagroso cuyo frasco se pareciera al del vecino, Juan vio un anuncio de esquelas en la mesa de la entrada. Su mujer le informó de que el vecino había muerto al caer de su balcón. ¿Accidente o suicidio? La mujer de Juan insinuaba que probablemente se trataba de la segunda opción. Era algo previsible, comentó. Desde que se jubiló, Pepe estaba deprimido. Su médico le había recetado un psicotónico que debía tomar cada día antes de cenar. Pero la esposa de Pepe descubrió la noche anterior que, en lugar de tomarse las gotas, su marido las vertía en la maceta de su planta...

Por la noche, melancólico, Juan constató que el rosal del vecino había desaparecido. Poca consuelo. Porque el suyo seguía tan moribundo como siempre. De hecho, el rosal del vecino no tardaría en reaparecer. Fue al asistir al entierro de Pepe, unos días después, que Juan lo vio, en todo su esplendor, coronando la tumba del difunto. El rosal parecía burlarse de él...

Al día siguiente del entierro, la mujer de Juan notó que su marido no parecía estar muy bien. Preocupada por su salud, él le anunció que iba a pedir cita con el médico.

Unos días después, tras una consulta con el mismo médico que había tratado a su vecino, Juan salía de la farmacia del barrio con una extraña sonrisa en los labios. En la mano llevaba el preciado frasco...

Fin

El autor

Nacido en 1955 en Auvers-sur-Oise, Jean-Pierre Martinez sube primero a las tablas como baterista en varias bandas de rock, antes de convertirse en semiólogo publicitario. Luego fue guionista de televisión y volvió al escenario como dramaturgo. Escribió un centenar de guiones para la pequeña pantalla y más de cien comedias para el teatro, algunas de las cuales ya son clásicos (*Viernes 13* o *Strip Poker*). Actualmente es uno de los autores contemporáneos más interpretados en Francia y en los países francófonos. Por otra parte, varias de sus piezas, traducidas al español y al inglés, están regularmente en cartelera en Estados Unidos y América Latina.

Para los aficionados o los profesionales que buscan un texto para montar, Jean-Pierre Martinez ha optado por ofrecer sus piezas como descarga gratuita desde su sitio La Comédiathèque (comediatheque.net). No obstante, toda representación pública está sujeta a autorización ante la SACD.

Para aquellos que sólo deseen leer estas obras o que prefieran trabajar el texto a partir de un formato libro tradicional, se puede pedir una edición en papel de pago en el sitio The Book Edition o Amazon a un precio equivalente al coste de fotocopia de este fichero.

Comedias de Jean-Pierre Martinez traducidas en español

Comedias para 2

Arrepentimiento
Cara o Cruz
Cuidado frágil
El Joker
El Último Cartucho
Ella y El
Encuentro en el andén
EuroStar
La Corda
La ventana de enfrente
Los Náufragos del Costa Mucho
Ni siquiera muerto
Nochevieja en la morgue
Preliminares
Zona de Turbulencias

Comedias para 3

13 y Martes
Crash Zone
Cuidado frágil
El Contrato
Ménage à 3
Plagio
Por debajo de la mesa
Un breve instante de eternidad
Un pequeño asesinato sin consecuencias
Un pequeño paso para una mujer, un salto hacia atrás para la Humanidad...

Comedias para 4

Amores a Ciegas
Apenas un instante antes del fin del mundo
Cama y Desayuno
Crisis y Castigo
Cuarentena
Cuatro Estrellas
Denominación de Origen no Controlada
Después de nosotros el diluvio
El contrato
El cuco
El olor del dinero
El yerno ideal
Foto de Familia
Gay friendly
¿Hay algún autor en la sala?
¿Hay algún crítico en la sala?
Las Pirámides
Regreso a la escena
Strip Póker
Un Ataúd para Dos
Un Matrimonio de cada dos
Una Noche infernal

Comedias para 5 o 6

Bien está lo que mal empieza
Crisis y Castigo
El Rey de los Idiotas
El Sorteo del Presidente
Flagrante delirio
Nochebuena en la comisaría
Pronóstico Reservado
Sin flores ni coronas

Comedias para 7o más

A corazón abierto
Bar Manolo
Batas blancas y humor negro
¡Bienvenidos a bordo!
Como una película de Navidad...
Crisis y Castigo
Dedicatoria especial
El infierno son los vecinos
El pueblo más cutre de España
El Sorteo del Presidente
Error de la funeraria a tu favor
Jaque Mate
La función no está cancelada
Había una vez un barco chiquitito
Milagro en el Convento de Santa María-Juana
Nochebuena en la comisaría
Prehistorias grotescas

Comedias de sainetes (sketches)

A corazón abierto
Aviso de paso
Breves del Tiempo Perdido
Ella y El, Monólogo Interactivo
Escenas callejeras
Memorias de una maleta
Muertos de la Risa

Monólogos

Como un pez en el aire
Happy Dogs

Todas las piezas de Jean-Pierre Martinez son libremente descargables desde el sitio comediatheque.net

*Este texto está protegido por las leyes relativas a los derechos de propiedad intelectual.
Toda falsificación es punible con condena de
hasta 300.000 euros y tres años de prisión.*

Aviñón – Enero de 2025

ISBN 978-2-38602-308-8

© La Comédiathèque

Obra descargable gratuitamente.